

Un hombre en una plaza en Buenos Aires

Tununa Mercado

Un hombre vive y duerme en una plaza. Apenas se mueve unos metros, no más de treinta o cincuenta a la redonda. El no tiene urgencias y seguramente me ve todos los días cuando salgo a pasear a mi perro y no puede imaginarse de ninguna manera lo que a mí me sucede sólo por el hecho de saber que él está allí, clavado en su decisión de vivir a la intemperie mientras yo me desplazo por mi casa, por mi balcón o mi terraza; mientras yo ando por la ciudad en colectivo, a pie o en taxi, muy cerca de él y a veces sin que me vea, a unos escasos diez o veinte metros en mi vehículo o haciendo uso de mis piernas, sin ninguna solución de continuidad y tampoco sin soluciones para su decisión de intemperie; él está sentado en su banco, con la cara apuntando a la salida del sol por las mañanas hacia el Palacio Pizzurno y dando la espalda al crepúsculo que se produce todas las tardes hacia Paraguay en dirección a Río Bamba. El está sentado siempre en su banco y si se levanta a veces para acercarse al cesto de la basura que cuelga de un árbol, o se apoya para orinar en otro árbol (el que constituye su hito hacia Callao), se sabe que esa distracción del caminar será transitoria. El va a volver, no dejará su sitio.

El 10 de febrero de 1988 estaba. Sentado sobre el costado derecho del banco, según mi punto de vista, se agachaba y escribía en un cuaderno, casi un álbum apoyado en sus rodillas. El 11 y el 12 y el 15 de febrero seguía allí sentado escribiendo sobre las rodillas; entre las siete y las ocho el veía la salida del sol por sobre los árboles de la plaza escribiendo, así saludaba la llegada del día, y se podía suponer que antes había buscado agua en el bebedero, un escuálido chorrito, según pude comprobar cuando este hombre empezó a preocuparme y quise saber cuáles eran sus recursos de vida más elementales.

Durante una semana lo vi mirar por encima de sus anteojos apenas dos veces, su abstracción sobre los papeles era sostenida, permanente, nada lo desviaba del interés supremo de dejar correr su mano en una escritura muy cercana a la cabeza, como si este hombre pensara con los ojos y creyera que cuanto más los acercara al papel, mayor convencimiento habría de lograr sobre la materialidad de sus pensamientos. Sus ideas caían sobre el papel segregadas por el cuerpo encorvado y

dócil a la ley de gravedad y, sin resistencias, la escritura parecía ordenarse en líneas imaginarias.

Me instalaba en un banco no muy distante, sostenía el marco de esa escena del hombre con frente amplia, prolongada en una calvicie hacia la nuca, con mechones a los costados como sucede con este tipo de calvos que no buscan subterfugios para ocultar su calvicie. Ese marco que encerraba a ese hombre me había costado conseguirlo, no siempre los bancos que permitían el encuadre estaban libres, y además tenía que considerar mi ubicación lejos de los guardianes, por el perro, cuya entrada a la plaza está absolutamente prohibida por ordenanza municipal, y es un perro el mío indisimulable porque hala de la cuerda, se excita con señuelos imaginarios y pretende conquistar la caza arcaica de su especie. Día a día he observado a este hombre durante todo febrero y parte de marzo, y siempre estaba a punto de preguntarle quién era, qué hacía, el porqué de su circunstancia de escritor a la buena o bella estrella, y poco a poco esa curiosidad comenzó a ser persecutoria y no ha cesado de serlo en estos largos meses, sólo que la persecución fue atravesando diversos estadios perfectamente delimitados, como si se hubiera ido construyendo una estructura propia, con variables de una intensa diversidad afectiva o sentimental.

Preparé mentalmente modos de abordarlo y el más ajustado se convertía de pronto en una hilacha, nunca llegaba a formular la pregunta que diera cuenta de la altura y el dramatismo de la situación. No me pareció nunca nada normal ver a este hombre en su banco por las mañanas casi desperezándose ante la llegada del día, y menos aún me pareció un hecho corriente verlo cubierto completamente con un enorme plástico los días de las tempestades que asolaban e inundaban poblaciones y cuyo efecto en las plazas, con ráfagas de viento y de lluvia, causaban no menos confusión y desamparo en los paseantes. Esas tormentas con sus frentes desplegados por encima de los techos y desde el río, con oleadas y huracanes, golpeaban en las ventanas de mi torre y arrojaban hilos (progresivamente ríos) de agua por los intersticios de vidrios mal sellados, y yo me pasaba las horas sopando con trapos y toallas los charcos que se formaban en la sala, mientras el hombre sólo luchaba con su cuerpo contra el ojo desatado de la tormenta.

Me esfuerzo en establecer cronologías y me desgasta tratar de recordar en qué fechas sucedían las instantáneas variantes en la vida a la intemperie del hombre de la plaza y establecer cuándo sucedieron cambios en mi relación con la escena que él dramatizaba diariamente. Ese registro, siempre me lo dije, tendría que haber sido cotidiano, pero la idea de un diario en el que apuntara minuciosamente mis

observaciones sobre el hombre me parecía de una grandilocuencia y de una veledad que tampoco condecían con la circunstancia. Sólo ahora, a varios meses de esos acontecimientos, puedo intentar ordenarlos por escrito.

Los sobresaltos fueron muchos: una mañana vi que sólo estaban *sus cosas* (una valija de tela roja a cuadros, una caja, bolsas de plástico, una cobija doblada), pero de él ni señal; abarcando con la mirada todo el horizonte, desde la esquina de Rodríguez Peña y Paraguay, no se veía ningún rastro suyo, ni siquiera lograba forjarse la posibilidad de que fuera confundido con algún otro transeúnte; nada, no se veía a nadie, ni esforzándose por distinguirlo el hombre aparecía en la escena amplia, y en la escena reducida de su banco-centro-del-universo sólo se veían sus patates, expuestos allí al aire fresco, con bandadas de palomas que en vuelos rasantes se lanzaban sobre las montañas de pan, y la obstinada persistencia de mi mirada peinando entre árbol y árbol, entre gente y gente, hacia Charcas, hacia Callao, sin dar un solo paso porque únicamente inmóvil podía retener el lugar por mí conocido del hombre y registrar con mi mirada en redondo su ubicación excepcional como ausente. Me fui sin haberlo visto, luego de dar una vuelta a todo el perímetro de la plaza mayor, logrando múltiples puntos de mira y descartando vertiginosamente una a una las diferentes presencias que mis ojos captaban y retenían. Por Rodríguez Peña fui hasta Charcas, por ésta doblé a la izquierda hasta Callao y luego nuevamente a la izquierda, siguiendo hasta Paraguay y pasando detrás del banco que en el punto inicial de mi incertidumbre había estado a una distancia aproximada de unos cien metros de mí y ahora estaba apenas a unos cinco metros, y pude ver que no sólo él no estaba, sino también pude comprobar que era capaz de ausentarse dejando sus cosas a la buena de Dios y de irse a algún sitio que su vida pública no permitía imaginar. Crucé Paraguay, avancé por ésta hacia Rodríguez Peña, desandando todo lo recorrido, cuando, al dar vuelta a la esquina, con la intención de ir hasta Córdoba, me topé con el hombre de frente; él venía por el medio de la vereda y casi chocamos en el cruce; él prosiguió y atravesó la calle y la plaza en semidiagonal hasta su banco; para asistir a estas evoluciones tuve que instalarme en un punto fijo, haciéndome la distraída con algo atinente al perro, hasta comprobar que se sentaba en el banco, recuperaba sus papeles apoyándolos sobre las rodillas, y dejaba caer de nuevo, como de costumbre, su escritura desde los anteojos y, a través de sus anteojos, de su cabeza.

En las mañanas de verano hubo que empezar el día antes, no permitir que la invasión del calor, de la gente, del tráfico, cubriera todo el espacio e impidiera caminar o simplemente respirar. El comienzo de la jornada en Buenos Aires es como una cascada que se precipita por encima de cualquier esclusa; ni el frío ni el

calor, ni el viento ni la lluvia son diques para esa paulatina y de pronto consumada saturación del ambiente, y lo que se desencadena multiplicado hasta ser legión parece conocer su ciclo, tener conciencia de sus ritmos de expulsión y retención, como un organismo biológico. El año es eso, las estaciones son eso; los mediodías, las tardes y las noches no son sino esa profusa y desesperada respuesta de esa legión o de esa masa a las leyes del tiempo y, paradójicamente, la inconsciencia de su finitud que persiste en tener. En esos ciclos de minuto en minuto, que son de hora en hora y de día en día para cualquier mortal, la posición del hombre de la plaza en el universo no podía ser, lógicamente, igual a la de los demás. Vivir a la intemperie no depara las satisfacciones ni los desengaños de lo que se cumple o no se cumple en el transcurso; en ese estado de intemperie no hay los pequeños cierres que clausuran, en tareas concretas o prácticas, períodos de tiempo; no se abren ni se vencen contratos, no se llega a hora ni se tiene horario de salida, no se acumulan beneficio ni pérdida, no hay plazos fijos, ni alzas ni bajas, no se camina por un circuito con postas, no se pagan peajes ni se tiene derecho de piso, y sería infinito enumerar todo lo que no se acaba, no se cumple ni tiene lugar en el lugar de la intemperie.

Tenía miedo de abordarlo; pensaba, a mediados de febrero, no sin decepción, que la crudeza de mi soledad se correspondía con mi creciente y obsesiva preocupación por este hombre. Al despertarme, apenas detectado el vacío en el plexo, el no menos vacío de persona en mi cama y el para mí feroz comienzo del día - siempre me pareció una aberración ese tramo de Dylan Thomas en el que aconseja a su lector «odia, odia feroz el fin de la jornada» - iniciaba mi estrategia de pequeños «cierres» y recomienzos, fundamentalmente desplegada en tareas puntuales que se iban sucediendo, voraces y feroces, a lo largo del día. Hacer cosas es una manera de vivir; esto puede parecer obvio, pero no lo es tanto para gente que pliega y despliega la existencia como si fuera de papel, y la va plegando cada vez más chiquito, hasta no dejar más que un listón delgado donde pararse. Desde allí, esa gente inicia el movimiento contrario, el despliegue y, de abanico abierto a abanico cerrado, de tarea iniciada a tarea concluida, el día pasa, entre tiempos de maceración y de cocción, tiempos de despertar y de dormir; tiempo de esperar el tránsito del sol de un ángulo al otro de la estancia y de seguirlo o de evadirlo: desplegar en ancho y plegar en angosto atenúan la angustia y nada más que eso. Pero si no hay labores, si los plegamientos se hacen sobre el puro ser y el ausente hacer, el contacto con el universo ha de ser descarnado y quemante. Y así me imaginaba el transcurso del día del hombre, su mente sólo ocupada por la sucesión sobre la página, ajena a los desdoblamientos de lo cotidiano. Eso era lo que yo suponía, pero era muy distinto lo que pasaba, porque por más que él tal vez

creyera que se había desprendido de esas pequeñas metas - la meta más grande me era desconocida - estaba sometido a ineludibles rutinas: ir del banco al basurero, del basurero al bebedero escualido, ausentarse a ese sitio por mí también desconocido y regresar a su banco, hacer trayectos erráticos en el perímetro de la plaza como buscando algo, probablemente cigarrillos caídos, y no mucho más durante los cuarenta y cinco minutos aproximadamente de mi observación.

Otro de los sobresaltos que me provocó el hombre fue en realidad un espejismo, de esos que suelen sucederme en mis observaciones callejeras, cuando el estado de flotación en el que sobrenado trastorna mis sentidos y me lleva a ver cosas que no son. Llegué a la plaza a las siete y cuarto y caminé unos quince minutos, habiendo advertido que el hombre aún dormía; di una vuelta a la plaza en el sentido contrario a las agujas del reloj, una vez cumplida esa vuelta di otra en el sentido de esas agujas; di todavía una tercera vuelta y el hombre seguía durmiendo. A todo esto ya eran las ocho de la mañana y el ruido era intenso, con bocinas, pájaros, bullicios de diversa índole, y era espesa la densidad de humanos y animales atareados en sus asuntos: pasar, circular, dar vuelta, recoger, correr, hacer flexiones, pasear perros los unos, acompañar hombre o mujer, en condición de perro, los otros. En la ciudad sin calma el hombre seguía durmiendo; podría estar muerto, pensé, o haberse desvanecido en sueños, o simplemente podría estar durmiendo más de la cuenta por resaca de traspasado, o por debilidad. Cuando emprendía el penúltimo tramo de mis secuencias por manzana, casi al final de ese tramo, precisamente donde está situado el banco de marras con el hombre durmiendo, lo vi atravesar en diagonal la plaza, como si viniera de la esquina de Paraguay y Rodríguez Peña; venía con pasos ágiles, pero con el cuerpo medio vencido, que ésa es su postura contradictoria, reconocible a la distancia: camina como cualquier mortal, pero encorvado. En el banco seguía un hombre, otro hombre, durmiendo, pero él vino y deshizo de una manera drástica mi idea de las cosas, con un ademán convencido y casi ufano arrancó la cobija - estábamos ya a fines de marzo - y desbarató la figura de hombre que yacía debajo, la hizo desaparecer ante mis ojos atónitos, y se puso a doblar meticulosamente, con un cuidado y una precisión geométricos, la cobija y los otros elementos de su cama, quizás una segunda cobija, un hule que servía de base, unas ropas, y una vez que hubo plegado sus posesiones las metió dentro de una bolsa y se sentó en el banco.

Durante febrero y la primera quincena de marzo, antes de las tormentas, el hombre ha de haber soportado la canícula del verano refrescándose apenas con el chorrillo de agua del bebedero municipal o, quizás, una que otra ablución matutina tiene que haberle sido ofrecida por la mujer de la escultura que, inclinada y desnuda,

deja caer un hilo mínimo de su cántaro, el cual forma un charco dentro de la fuente y cuyas aguas no siempre brotan. La lluvia en la tarde húmeda y calcinante ha de haber sido en febrero, cuando se produjo, una bendición para el hombre; a la primera gota, la gente corre y desaparece y él se refugia, paradójicamente, entre las cortinas de agua, cifra de su soledad y de su autosuficiencia.

Pensaba entonces que el placer, que había hecho sonar su silbato una sola vez cuando me vio entrar el primer día a la plaza, pero que después se olvidó de mí y de mi perro y nos dejó estar por inercia, pensaba entonces que el placer debía tener alguna información sobre el hombre, pero no podía interrogarlo porque habría puesto en evidencia mi infracción al código municipal; pensaba también que los vecinos que se asoman a sus ventanas sobre Callao veían día a día los movimientos y las inmovilidades del hombre y que seguramente se preguntaban sobre su suerte y le forjaban soluciones ilusorias, cada vez más ilusorias, teniendo en cuenta las limitaciones que tiene todo el mundo de comunicarse y el temor de quedar pegado al otro por el mero hecho de comunicarse.

Los que todos los días atraviesan la plaza, y aun los que tienen tareas específicas en el recinto de la plaza, no tendrían por otro lado la ocurrencia de acercarse a un hombre sentado en un banco o en una banca, quien, además de ser presuntamente un *linyera*, escribe sobre sus rodillas tal vez un libro, o una partitura, y la curiosidad ha de ser necesariamente postergada en beneficio de la conjetura sin fin. No podía saber cuál era el vínculo de ese hombre con los otros que estaban a la intemperie: había un *señor mayor* de unos sesenta o más años, con un traje de verano completo, corbata inclusive, que hizo de un banco su vivienda a mediados también de febrero y que algunas veces sacaba de una bolsa (siempre una bolsa, la bolsa es el gran significante de la intemperie) una que otra fruta, uvas, por ejemplo, y lavaba los racimos cuidadosamente en el chorrillo del bebedero, donde antes había bebido el otro hombre que era por mí considerado el *principal* de esa plaza por la perduración de su empeño en vivir a cielo descubierto sin techo ni otro reparo alguno, y luego de lavar las uvas se las comía, quitando una a una las semillas que, en un ciclo prodigioso, ofrecía a las palomas o a los otros pájaros, que a su vez se iban a beber al bebedero, muy campantes: ese señor trajeado en verano y más trajeado aún cuando empezaron los días otoñales, tenía una caja de cartón bastante voluminosa que difícilmente trasladaba de banco a banco; un mediodía lo vi en el colectivo 109, se bajo junto conmigo en la parada de Montevideo y se fue con su caja camino a su sede, trastabillando en varias ocasiones porque esa caja no tenía asa, ni llevarla a cuestras tenía tampoco asidero, pero ahí andaba el hombre *secundario*, empecinado en su transporte. Días más tarde vi que este hombre

secundario depositaba su caja debajo del banco del hombre principal, lo cual me reveló que éste en realidad tenía una bodega colectiva en la que todos los linyeras guardaban sus bultos. Todo el tiempo pensaba en *Ironweed*, de William Kennedy, pero no tenía conmigo la novela para ver qué tipo de situaciones comunes hermanaban a los indigentes de Nueva Inglaterra con los de la Plaza Rodríguez Peña, y sólo tenía muy presente la instancia del desafío, una fiereza interior que convence al habitante de la intemperie de la pertinencia de sus actos, que lo guía en sus pasos cotidianos, en esas efímeras metas que van cumpliéndose segundo a segundo.

El interés por el hombre de la plaza me ponía, sin yo quererlo, en un estado de excepción o, por lo menos, de emergencia; producía en mí una emoción literaria en el sentido más lato, la que se siente cuando en un texto uno se tropieza con una revelación contundente acerca del ser, y esa revelación, erigida como un límite, ensancha la conciencia del desamparo y afina la percepción sobre la muerte, sobre el sentido de la muerte. Todo el primer haz de páginas de este relato, precisamente hasta el momento en que empiezo a hablar del hombre de la plaza, guardaba una estrecha relación con mi regreso a la Argentina; escrito en Buenos Aires, casi siempre a partir de las diez de la mañana y luego de regresar de la plaza con el perro agotado y desagotado, fue proseguido en México, en un viaje por dos meses; de pronto, el escrito se detuvo, coincidentemente con la preocupación por el hombre. No podía continuar porque la aparición de ese interés me obligaba a seleccionar los estados legítimos de paranoia personal para evitar confusiones. No sabía cuál era mi intemperie y no podía saber por lo tanto cuál era la suya; y, además, esa inquietud por su presunta decisión de intemperie se ofrecía con tanta naturalidad para la escritura que entré a sospechar de ella, no fuera a ser ahora que convirtiera la intemperie inclemente del hombre en un tema literario, justamente cuando había decidido hacer de este relato una catarsis despojada de toda pretensión.

No fuera a ser tampoco que ahora encontrara el tema-llave, por otro lado tantas veces gonzúa para infinitas puertas narrativas; no quería, por consiguiente, dejar que el hombre fuera tema, o tópico, y menos objeto. Pese a estas restricciones, muchas veces en la plaza sentí el ramalazo del texto, como si un impulso creciente hiciera presa de mi plexo y de mi disposición a la palabra escrita, empujándome, rogándome casi, que pusiera por escrito la noción de ensanchamiento metafísico que me producía la certeza con que el hombre doblaba sus cobijas a la vera del árbol y, sobre todo, el silencio cargado que rodeaba ese banco cuando él se volcaba, de la cabeza al papel, a las tareas de la escritura; la escena clamaba por ser escrita,

no tenía más que apoyar a mi vez unas hojas sobre las rodillas y simplemente dejar decir lo que ese hombre me decía enmarcado en su lugar; la despiadada claridad de esa imagen venía ya escrita, pero yo me negaba a traducirla. No sé si estos ejercicios de control de mi propia escritura sobre la escritura propia del hombre y su condición de intemperie eran exigencias de pureza, pero yo necesitaba de una química selectiva, saber qué índole de mensaje profería ese hombre en la plaza y su circunstancia y de qué manera tenía que ser atendido dadas mis propias circunstancias de regreso a la Argentina. Cuáles eran, en esa vulnerabilidad, sus partes y las mías.

En la plaza, en un banco cercano a la escultura brotante, se instaló a fines del verano otro hombre, un tercer hombre, muy definitivamente lumpen, de esos ennegrecidos por la pobreza del carbón, como cubiertos por la ceniza de braseros de otros tiempos, con el vientre al aire, mala bragueta, y una cojera bastante marcada. Ese hombre había conseguido aislarse en un discurso cerrado, ininterrumpido, en un soliloquio autorreplicante, autointerlocutorio, acompañado de los ademanes que suelen poner énfasis a todo diálogo o comunicación entre las personas. Ese hombre no depositaba ningún bulto en la bodega del hombre principal, no parecía haber ninguna relación entre ambos, pero no era válido ni defendible para nadie aventurarse en la indagación sobre uno de esos hombres desvinculándose totalmente del otro: eran dos linyeras, pero estaba muy claro que el principal objeto de mi preocupación no era el que se tomaba a sí mismo como referente, el que se incluía en su propia y autónoma interlocución, sino el otro, el que llevaba al papel sus ideas. Por uno, el que dejaba manar texto sobre su papel y sus rodillas, tenía predilección, por el otro, o los otros, sólo un reflejo piadoso. Uno escribía mensajes, el otro se había dejado ganar por la locura de puro gesto, condenado a una noria de incomunicación.

El 17 de marzo a las siete y media de la mañana, siendo lunes, decidí finalmente acercarme al hombre. Había llovido durante la noche tenuemente, casi como bendiciendo la lluvia el final del verano, y él había terminado de desplegar y de plegar, de apilar y encuadrar y empezaba a caligrafiar sobre sus papeles, iba en la segunda o cuarta línea de una página cuando yo lo interrumpí y sin preámbulo le pregunté si él escritor. Ya había levantado la cabeza de sus papeles cuando me vio acercarme con el perro, y también sin preámbulo, como si fuera natural que yo viniera a las puertas de su morada a preguntar por su que hacer, me contestó que no era estrictamente un escritor, pero que escribía acerca de algunos problemas pendientes, cuestiones matemáticas que se había planteado hace tiempo y que ahora resolví. Le dije entonces que yo también escribía y que me había interesado

vivamente en él porque lo veía escribiendo desde muy temprano. Quizás debí interrogarlo sobre su condición de intemperie, pero no lo hice, él se encargó de poner las cosas en su sitio, «aprovecho mi circunstancia», dijo, «para avanzar en la solución de ciertos problemas teóricos».

«La circunstancia en la que me encuentro», de ese modo describió su situación, dejando suponer que era transitoria. Esa misma noche, como para intensificar aún más el estremecimiento que me había producido hablar por primera vez con el hombre de la plaza poniendo en evidencia la miseria de la comunicación, el desamparo de las palabras dichas por él y por mí y la vacuidad del lazo que éstas instauraban, empezó a llover con fuerza, arreciando la tormenta a medianoche, con truenos y centellas y cortinas espesas de agua que se arrojaban sobre los edificios y súbitas iluminaciones en el horizonte cargado y alucinante. Siempre he imaginado que estoy en un barco, y que la tormenta se cierne y luego se desencadena sobre los mástiles y las velas, que este barco es el símil de la vida borrascosa y emocionante de la novela leída o del poema musitado como una plegaria cuando el naufragio rompe todo y deja una resaca de espanto. Y en esa medianoche el hombre de la plaza me quitó el sueño, cobré conciencia de que la intemperie era la suprema inclemencia. Llovió toda la noche y siguió lloviendo todo el día siguiente; en la noche del segundo día tormentoso mi crisis de conciencia había progresado: cómo podía ser que hubiese podido tener un diálogo aparentemente normal con el hombre de la plaza y que todo siguiera igual. Más bien tengo que aceptar, me dije, que ya nada puede seguir igual, que haber hablado con él y conocer su circunstancia me colocaba en una situación difícil, sin argumentos, porque si podía hablar con él en la intemperie no se veía muy bien que no pudiera hacerlo en la sala de mi casa, habiendo establecido de este modo jerarquías en mis relaciones, discriminando a los sujetos de mi atención.

Me resultaba muy significativo y pasible de interpretaciones al uso el hecho de que mi centro exclusivo de interés en Buenos Aires fuera ese hombre solitario reducido a sus breves travesías espaciales. Me dio miedo: el diálogo se había abierto y no podría ya cesar y todos los días la cuota de intercambio habría de cumplirse sin remisión. Instaurada la palabra entre el hombre principal de la plaza y yo, la transeúnte secundaria, necesariamente quedaba en estado de dependencia, me convertía en su tributaria, sus devaneos matemáticos sobre el papel desde las ocho de la mañana y a lo largo del día me colocaban, porque él había elegido hacerlo en desamparo, bajo un techo agobiante y carcelario, en vivienda, viviendo; mi "producción" y la resolución de mi presunto texto eran hechos domésticos triviales al lado de la empresa del hombre principal desguarecido.

Por entonces, una tarde, en la parada del colectivo sobre Callao, apareció un hombre raro, un *freak* de ciudad; su característica era apuntar con el dedo a las personas, clavárselo en la espalda o en el pecho, como llamado de atención; esa vez que me lo hizo no supe que actitud tomar. Me di cuenta de que era una persona de excepción, un desproporcionado, y que mi reacción no podía ser la normal. Primero me hice la tonta, pero me volvió a apuntar con el dedo, incrustándomelo entre las costillas inferiores del torso delantero. Tuve mucho terror y mucha confusión y no respondí nada a las palabras del hombre, una jerga propia, con un sentido para mí incomprensible; el *freak* se alejó y nadie en la fila del colectivo se molestó en defenderme, ni siquiera en comentar el incidente; me sentí horriblemente abandonada, todos seguían con sus miradas puestas en el vacío y, en vez de ejercer mis derechos de ciudadana, por así decirlo, de situarme en el plano de la reivindicación, que siempre ayuda a reconstituir la imagen personal dañada, sentí vergüenza de haberme visto expuesta al dedo del *freak* delante de personas tan prescindentes y altivas que con su silencio me hacían pagar una doble o triple culpa: la de haberme puesto a tiro del dedo del hombre, la de no haber podido conjurar rápidamente su acción sin sufrir terror, y la de no haber suscitado ninguna adhesión colectiva por el atropello del que había sido objeto. Viendo mi angustia, finalmente, sólo una mujer que estaba en la cola me dijo: *es completamente inofensivo, no le tenga miedo, no hace nada, simplemente habla así y señala así, pero no hace daño. Agregó: Fíjese que es un problema genético, cuando cualquiera de los miembros de su familia llega a la adultez empieza a emitir esos sonidos y a hacer esas marcaciones con el índice sobre las personas; lo conozco desde hace años, su mamá terminó igual, sus hermanos son iguales, hacen lo mismo.*

—¿Usted vive por acá? —osé preguntarle, viendo que se refería al *freak* como a un vecino del lugar. Me respondió que su mamá tenía un puesto en el mercado municipal con salida a Córdoba y a Viamonte, el puesto 45, me dijo, pero inmediatamente olvidé ese número y muchas veces he tratado de recordar si me dijo realmente el 45 o el 49 toda vez que fui a buscar a su mamá al mercado. Fui a buscarla porque me atreví a preguntar a mi interlocutora en la fila del colectivo si ella conocía a un hombre que vivía a la intemperie en la Plaza Rodríguez Peña, un hombre que escribía. Me dijo que sus padres y en particular su mamá (la del puesto 45, ahora viuda) lo habían conocido mucho en su momento, a él y a su familia, afirmando a continuación que era totalmente inofensivo. *Ah, él sí que es inofensivo*, me dijo, *se la pasa todo el día escribiendo; es estudiante avanzado de la Tecnológica, casi fue ingeniero, con decirle que los chicos vienen a traerle problemas de física y de matemática para que él los ayude a resolverlos, y sí, se los resuelve. Él es totalmente inofensivo*, seguía diciendo en tono ponderativo y yo dejaba pasar una y otra vez el colectivo treinta y siete y ella también porque estábamos conversando

sobre algo que a ella le interesaba, de algo en lo que a ella parecía írsele la vida. Me dijo, asimismo, que se decía **que había quedado así** como consecuencia de un trauma, que sus padres habían muerto en un accidente al que él había sobrevivido y que nunca más se había repuesto del golpe.

Subimos finalmente al colectivo, yo perturbada porque un poco antes ella me había comentado, con un tono de llevarme a un tema todavía más importante, que se había matado Olmedo. Debe haber interpretado mi mirada vacía como una señal de que ya conocía la noticia, pero cuando le pregunté quién era Olmedo me miró estupefacta. *¿Cómo, me dijo, no sabe usted quién es Olmedo?* Los signos de puntuación admirativo e interrogativo se mezclaban. *No, le dije, no sé quién es Olmedo. Olmedo, Olmedo, reafirmó, el actor el cómico, se tiró esta madrugada del onceavo piso de un edificio en Mar del Plata. Ah, le dije. Perdone usted y, arrastrada una vez más por la corriente exculpatoria de siempre empecé a abundar sobre mi pasado, le dije que yo no era en realidad de allí, sin saber muy bien cómo decirle que era de allí pero al mismo tiempo no lo era, ¿qué es el aquí?, ¿qué?, tenía ganas de exponerle, con énfasis, la relatividad de esos conceptos de pertenencia a un lugar, pero sólo logré confundirme y confundirla: soy de aquí pero nació en Córdoba y todos estos años no estuve en el país, estuve en México, y en realidad soy también de México o prefiero serlo;* ella no podía creer lo que sus oídos oían; *no tema me dijo y seguramente pensaba que yo era totalmente inofensiva pese a que no supiera quién era Olmedo. A medida que pasaron las horas después del episodio, me fui dando cuenta de hasta que punto era una intrusa, hasta qué punto una extraña en ese país: el suicidio de Olmedo ocupó todo el espacio argentino, saturó todos los medios de prensa, nadie hablaba de otra cosa- la magnitud de lo que yo ignoraba me dejó a las orillas del mundo, pero poseía datos sobre el hombre de la plaza, sabía que estaba allí por los efectos de un intenso trauma, tal como acababa de decírmelo la señora en la parada del colectivo; era totalmente inofensivo según esta señora que parecía medir los peligros de la ciudad desde una óptica del daño que pueden inferirse las personas, y sobre todo del perjuicio que pueden causar determinados personajes marginales. He ido varias veces al mercado a buscar en la serie de puestos desde el 45, que fue el número que me pareció oír, hasta el 49, pero no he visto allí a ninguna viuda los puesteros son todos señores y, eso sí, venden quesos y cremas, como la madre de la señora. Unas semanas después, el hombre de la plaza, en su comentario del día, habría de decirme que a veces obtenía un *sachet* de leche en el mercado, y estuve a punto de preguntarle si se lo había dado la señora de alguno de los puestos desde el 45 hasta el 49, pero me abstuve porque no tenía modo de justificar que sabía algo de esa puestera, ni*

tampoco lo que sabía de él a través de la hija de esa puestera; además, él me dijo que la leche la compraba.

Supe que el hombre de la plaza, mi principal hombre de plaza, se llamaba Andrés. Le dije también mi nombre que sistemáticamente él tergiversó a lo largo de las semanas cambiando la segunda *e* de mi nombre por una *te*, sin que yo corrigiera el error; esos errores con mi nombre hace mucho que no los rectifico, ya no me impacientan ni me producen mal humor y creo, convencidamente, que se trata de lapsus inofensivos de las personas. La *te* por la *e*, una *i* sustituyendo a una *u*, una *o* en el lugar de la primera *u*, etcétera, no me hacen mella como antes; ahora sé que ése es mi nombre, no hay dudas sobre la identidad que me confiere, pero no siempre fue así, hubo épocas en las que no sabía qué argumentar acerca de él, obligada por insistentes reclamaciones de mis interlocutores que quieren saber si ése es realmente mi nombre, que quieren saber cuál es su origen, cuál su significado, he llegado a tener verdaderos brotes de desconcierto y a verme cercada por preguntas que no tienen respuesta. A Andrés no me pareció conveniente aclararle que a la segunda *u* de mi nombre no le antecede una *te* y preferí confiar en que alguna iluminación fuera de contexto habría de disipar el equívoco sobre ese aspecto de nuestras relaciones.

He hablado ya del hombre ceniciento que gesticula; el rasgo, según observé una mañana, no tiene sólo por objeto acompañar el discurso hablado del hombre, sino también su «expresión» musical, para llamar de alguna manera lo que ejecuta la orquesta imaginaria que sus manos comienzan a dirigir; su voz es la orquesta. Esos conciertos son después de las nueve de la mañana y le he preguntado a Andrés si él sabe quién es ese hombre, si tiene conocimiento de que él alguna vez tuviera una relación *trascendente* con la música. El no sabe, no parece tener curiosidad sobre sus congéneres y tengo la impresión de que al hacerle yo la pregunta tiene que haber sospechado que yo sí tenía una curiosidad literaria y malsana, por lo cual no insistí, no estando todavía en condiciones de explicarle cuál es mi relación con la literatura. Lo único que me dijo es que una vez vino una ambulancia y se lo llevó porque tenía una pierna infectada, pero que después fue devuelto a la plaza. «Pero él sí que está del otro lado», me dijo, poniendo en ese pero la distancia que lo separaba del otro. Ese tipo de juicio volvió a emitirlo sobre una vieja tenebrosa, con cayado y andrajos, que pasó junto a nosotros haciéndole reverendas. «Debe haber quedado fijada a una situación de servidumbre», me dijo, «porque viene y me pide que le haga la lista del mercado para un banquete, como si yo fuera su señor. Cuando respondo a su pedido, se va, satisfecha, al *otro lado*», recalzó.

Con Andrés me he movido con una discreción extrema; podría haberlo acuciado a preguntas, tratar de saber a toda costa cuáles determinaciones lo llevaron a optar por esa vida. No hace falta asediarlo: lo que él suelta no constituye lo que podría llamarse un cuerpo narrativo, en cierto modo él, con sus escasas referencias, borra cualquier interés especializado, obliga al ascetismo; a su privación extrema de bienes sólo puede responderse con una máxima austeridad de demandas; con él nada se puede acumular.

No obstante, pese a la aceptación de esas reglas del diálogo y en los días que siguieron a mi primera conversación con él, estuve en permanente conflicto. Deslindaba bien los estados de mi conciencia separándolos de todo humanitarismo, pero ésta era una decisión mental. A medida que se desataban los fenómenos de la naturaleza —lluvia, vientos, heladas, relámpagos en la noche— él reforzaba su permanencia en el banco y su desafío me llevaba poco a poco a la impotencia. Él, que había decidido acerca de los límites de la potencia humana, me dejaba incompetente para entender su desafío.

Aparte de hablarme de su *circunstancia* —palabra que definía, como ya lo señalé antes, una transitoriedad— me dijo que hada cuatro años que vivía de ese modo; antes su lugar había sido la plaza frente a la Facultad de Medicina, a unas cuadras de allí; un día tuvo que irse, aconsejado por el guardián: en esa plaza había habido procedimientos policiales relacionados con la droga y el placer no creía conveniente que Andrés se expusiera. No se puede saber si el guardián no estaría ya harto de tener que imaginar cómo sobreviviría a las tormentas, al calor o a las invasiones de mosquitos, sin contar con el hambre y otras necesidades, este hombre solitario, y prefirió respirar tranquilo nuevamente desembarazándose de él.

Le pregunté si alguna vez alguien se había interesado por su circunstancia, por ejemplo, algún funcionario, alguna de las llamadas trabajadoras sociales del Ministerio de Bienestar. Nunca nadie se había acercado a él con otra intención que una curiosidad sin cauce, un poco como la mía, pero cada vez más, en mi caso, en el centro de una crisis de conciencia, para no decir un profundo conflicto espiritual. Sentados uno junto al otro en su banco yo sabía que alguien, los paseantes, la gente, cualquier observador, nos miraba estar allí, hablando, midiendo quizás la desproporción de un encuentro semejante: una mujer, un perro, un hombre principal de esa plaza por jerarquía de desamparo; primero yo, la mujer, después el perro y después el hombre. Él me dijo ese mismo día en el que yo me preguntaba si éramos vistos, como adivinando mi pensamiento, que él creía *que los*

suyos de otros tiempos seguramente lo veían vivir de ese modo, y tuve la impresión de que saber que lo veían lo confirmaba triunfalmente en su empeño. Ningún indicio de aquel trauma invocado por la señora en la cola del colectivo.

No, él no era molestado por nadie. El viento en las noches calurosas con seguridad le provocaba bienestar, oír los pájaros al amanecer no era algo para desdeñar, y menos recibir el sol en los días otoñales. No parecía, sin embargo, tener un culto por la naturaleza en aquellas primeras conversaciones. El ruiderio de los pájaros no nos dejaba escuchar lo que hablábamos, y me oí decirle, tontamente, «me imagino que a usted lo despiertan los pájaros». El me dijo que había leído en un periódico hace tiempo que un linyera neoyorkino tomó su decisión de intemperie porque su mujer «tenía pajaritos en la cabeza». «Los dos tenemos pájaros en la cabeza, a mí me despiertan, él sale huyendo de los que pueblan la cabeza de su mujer». Era la primera vez que decía la palabra linyera.

A meses de aquel encuentro todavía no puedo describirlo o definirlo como linyera. Una prohibición inexplicable aparta de mí esa palabra, la aleja como mala señal. Después de mis primeros encuentros con Andrés entré en una especie de delirio del contar. Empecé a contar a todo el mundo cómo lo había conocido, quería a toda costa pasarle el problema a otros, descomedidamente, lo confieso con pena, trataba de conjurarlo por el solo hecho de relatar su circunstancia. A gente sin escrúpulos, a piadosos sin sentido del humor, a odiosos sin sentido del amor, a aprovechados, a indiferentes, a todos les contaba y se ve que sabía contar porque me escuchaban atentos; fui miserable, mucho tiempo fui miserable, vendí al mejor postor su verdad y la mía, pero, de pronto, sin que mediara ningún hecho o tal vez sólo el hastío, cesé de contar. El día que cesé de hacerlo nadie me preguntó qué había pasado ni qué habíamos hablado en el diálogo cotidiano. Fue fácil preservar en silencio la figura del hombre principal a partir de entonces.

Hablamos un día de literatura, sin ninguna profundidad particular; él se interesó por Rulfo, dijo haber leído Pedro Páramo tiempo atrás y haber tenido la sensación de que era una gran novela. Le dije que a Rulfo, antes de morir, se lo veía por las calles de Insurgentes Sur o de Revolución Sur, en México, que cualquiera podía cruzárselo en las calles de San Ángel y cambiar incluso algunas palabras con él si se ofrecía. A él le llamó la atención que yo le hubiese aclarado antes de morir, como si tratándose precisamente de Rulfo pudiera habersele atribuido paseos después de muerto.

Me dijo que tenía dos libros. A uno, cuya importancia no exaltó porque se trataba de una novela de Blasco Ibáñez, lo había encontrado en un basurero junto a una gran cantidad de otros libros que no tomó. Me dijo que eran unos doce libros, todos de cocina, *imagínese*, agregó, *encontrar libros de cocina*, qué paradoja. Alguien se había desprendido insensatamente de esos libros y él no los había tomado. Sacó el libro de Blasco Ibáñez de una valija de tela y me lo mostró sin comentario. El segundo libro era *La novela de Perón*, de Tomás Eloy Martínez. Aclaró que se lo habían regalado, pero que era, lamentablemente, una edición resumida. Cuando le pregunté si en esa edición figuraba una escena inventada por T.E.M. en la que mi marido, mi hijo y yo estamos en un balcón viendo un acto político y se escucha *Oh Solitude*, de Henry Purcell, me dijo que no, que si esa escena hubiese estado en su edición la habría recordado perfectamente, porque se sabía casi de memoria todo lo que sucedía en el libro. Recordó como intensa y muy justa, y consideró como un verdadero hallazgo interpretativo, la idea de Tomás Eloy Martínez de una realidad que se percibe como a través del ojo de una mosca, multifacética, contradictoria, en dimensiones desconocidas; creo, agregó, que así era lo que pasaba en esos tiempos, multiforme.

En el mes de marzo Andrés tuvo que haber asistido, más allá de su voluntad, a las concentraciones de maestros en huelga frente al Palacio Pizzurno. Increpaban al ministro, reclamaban, exigían en plenitud el derecho de reunión porque literalmente llenaban la plaza y arrojaban al aire miles de panfletos, mariposas y volantes de diferentes formatos con textos de diverso signo. La plaza amanecía cubierta de papeles que el viento levantaba en torbellinos y la lluvia maceraba en montones irregulares. Nadie barría esos restos de los mítines de maestros. La huelga iba a ser larga y los plantones reiterados, por lo que cualquier barrido habría resultado inútil; las plazas —pues se trataba de dos, una grande y una pequeña, divididas por la calle Rodríguez Peña— habitualmente bastante sucias, eran ahora estercoleros, con bolas de papel mascado por doquier.

Andrés tuvo que haber soportado la invasión de manifestantes y de basura, lo digo conjeturalmente, puesto que nunca me comentó los hechos que se sucedían en varias vísperas de nuestros encuentros en la plaza desde hacia semanas. No sé tampoco si estaba al tanto del conflicto que se vivía dentro del perímetro de la plaza y que él observaba tarde a tarde. Oía, por supuesto y con seguridad, las consignas, pero cuando le ofrecí llevarle unos periódicos, se negó a aceptármelos. Prefería no saber lo que pasaba en el mundo. Nunca había conocido yo a nadie que de una manera tan consciente y decidida se negara a tener noticias. A él no se le podía hablar de lo que había sucedido; no se le podía preguntar si se había

enterado de que en tal o cual parte se había producido un hecho de tales o cuales características, cuyos efectos habían repercutido en tal o cual sitio; no se lo podía colocar en el suceso, lo cual restringía enormemente los recursos del diálogo. Basta imaginar qué les pasaría a dos personas, o a varias personas en una reunión social, si se decidiera no hablar de lo que salió en el diario y se las soltara al medular ejercicio de la palabra sin subterfugios.

Hablar con Andrés se hacía cada vez más difícil para mí, me resultaba irrisorio interesarme por las formas en las que había sorteado los lances atmosféricos; ya no aguantaba preguntarle sistemáticamente acerca de sus modos de vida, *modus vivendi*, diría Gonzalo Celorio, experto en indigencias callejeras, y muchas veces, cobarde, fui a la plaza demasiado temprano, evitando cualquier encuentro y limitándome a contemplar cómo dormía, envuelto como un tamal en sus cobijas, apoyada su cabeza en la novela de Perón.